

¿HACIA UNA DEMOCRACIA SIN PARTIDOS?: CRISIS PARTIDISTA, SELECCIÓN DE LAS ÉLITES Y REPRESENTACIÓN

Roberto L. Blanco Valdés

*Catedrático de Derecho Constitucional,
Universidad de Santiago de Compostela*

I. INTRODUCCIÓN

El siglo XXI, que ha planteado tantos y tan complejos retos políticos, económicos, sociales y culturales, ha traído de la mano un cambio de notable envergadura en lo relativo a los partidos y a la vida partidista, lo que, como no podía ser de otra manera, ha acabado por afectar de un modo directo al funcionamiento de los modernos sistemas democráticos. Cabría decir incluso que el nuevo siglo ha *arrastrado* y dado nuevos bríos a fenómenos que, iniciados ya en el XX, han ido adquiriendo mayor densidad, y frecuentemente gravedad, a medida que avanzaba la centuria en que vivimos. Así, a mediados de los años cuarenta, cuando los sistemas de partidos que la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial había arrasado en la mayor parte de las democracias europeas consiguieron al fin reconstruirse en los Estados libres del continente europeo, casi nadie hubiera puesto seriamente en duda las afirmaciones que Hans Kelsen había realizado un cuarto de siglo antes en su obra *De la esencia y el valor de la democracia (Von Wesen und Wert der Demokratie)* aparecida en 1920. El gran jurista austríaco sostenía en ella que “un avance incontable conduce en todas las democracias a la división del pueblo en partidos políticos, o, mejor dicho, ya que preliminarmente no existía el *pueblo* como potencia política, el desarrollo democrático induce a la masa de individuos aislados a organizarse en partidos políticos, y con ellos despiertan originariamente las fuerzas sociales que con alguna razón pueden designarse con el nombre de *pueblo*”.

Ese proceso de *aparición* de la sociedad en su conjunto, de auténtica *emergencia* del pueblo, que comienza a existir como tal a partir de su organización, por primera vez en la historia de forma mayoritaria, a través de los llamados partidos de masas, frente a los previos partidos de notables oligárquicos, llevará a Kelsen a destacar la decisiva importancia de los primeros en el funcionamiento de los sistemas democráticos. Y ello hasta el punto de que la presencia de las nuevas organizaciones partidistas –de las que el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), fundado en 1890, constituiría el modelo a imitar– era sin duda el elemento político esencial que iba a definir las nuevas *democracias de masas*. En coherencia con ese planteamiento tenía plena lógica que Kelsen insistiese en caracterizar a los regímenes políticos posteriores a la Gran Guerra como Estados de partidos. “La democracia moderna descansa, puede decirse, sobre los partidos políticos, cuya significación crece con el fortalecimiento progresivo del principio democrático”, escribía, para añadir luego: “Sólo por ofuscación o dolo puede sostenerse la posibilidad de democracia sin partidos políticos, la democracia, necesaria e inevitablemente, requiere un *Estado de partidos*”¹.

1 KELSEN, H., *Esencia y valor de la democracia*, Editorial Labor, Barcelona, 1934, pp. 35 y 45, respectivamente (todas las cursivas en el original).

¿Cabría sostener hoy, sin más matices, la afirmación de que los sistemas democráticos son *Estados de partidos*, realizada por Hans Kelsen hace ahora una centuria? Para dar respuesta a esta pregunta debo aclarar, por supuesto, que cuando la formulo no me refiero a los partidos tal y como Kelsen los conoció, sino en la forma en que, tras algunas transformaciones importantes, se asentaron años después en las democracias más destacadas de Occidente: organizaciones estables, formadas por miles, docenas de miles o incluso cientos de miles de afiliados (militantes); organizaciones jerarquizadas, con una dirección y unas bases que de un modo u otro concurrían a la elección, o a la legitimación, de la primera; partidos dotados de una ideología y un programa político mejor o peor definido, pero que constituía el núcleo básico de su identidad y su existencia; y fuerzas políticas cuya finalidad esencial era competir en elecciones con otras similares con la finalidad de colocar a sus candidatos respectivos en los cargos públicos que se disputasen en el proceso electoral del que se tratase en cada caso.

Aunque en adelante hemos de ver como muchas de las candidaturas que hoy concurren a las elecciones en algunas de las más añejas democracias del planeta no resisten esa definición, esencial para que podamos seguir hablando de partidos y sistemas de partidos en el sentido genuino de uno y otro términos, comenzando para ello por el análisis de los cambios que a partir de finales del siglo XX experimentaron aquellas organizaciones políticas tradicionales en las que Kelsen pensaba en los años veinte, he de aclarar desde ya mismo, que este trabajo no pretende ser –ni podría serlo, en cualquier caso, dada su extensión– un estudio completo y sistemático sobre la realidad de los partidos cuando comienza la tercera década del siglo XXI, es decir, sobre su organización y dinámica interna, sus funciones constitucionales o su financiación. Mucho más modesta y limitadamente, y de forma consecuente con el objetivo del libro en que se insertan, las páginas que siguen aspiran sólo a apuntar algunas de las realidades más notables que hoy caracterizan, y en opinión de muchos degradan con toda claridad, a los partidos y a las democracias que aquellos como casi ninguna otra institución contribuyeron a asentar en su momento. Para ello comenzaré por referirme a los cambios de las democracias de partidos que el siglo XXI iba a heredar del siglo XX.

II. LEY DE HIERRO, PARTIDOS DE HOJALATA

Hace más de veinte años titulé así el primero de los capítulos de un libro en el que recogía diversos trabajos sobre partidos publicados a lo largo de media década en revistas u obras colectivas². Como el lector avisado habrá captado de inmediato,

2 BLANCO VALDÉS, R. L., *Las conexiones políticas. Partidos, Estado, sociedad*, Alianza Editorial, Madrid, 2001, pp. 17-52.

tal ley de hierro no es otra que la que en su día formulara Robert Michels, sociólogo alemán autor de un libro de gran impacto histórico³, cuya tesis central –la de la existencia de una ley de hierro de las oligarquías– acabaría por tener tanto eco como capacidad de pervivencia. La razón para recordar ahora a Robert Michels no es otra que su afirmación de que no sólo los partidos sino los propios Estados dominados por aquellos sufren inevitablemente un proceso de oligarquización que acaba expulsando al pueblo del proceso democrático: “El partido, en tanto que formación exterior, mecanismo, máquina, no se identifica necesariamente con el conjunto de los miembros inscritos y todavía menos con la clase. Convirtiéndose en un fin en si mismo, dotándose de sus fines e intereses propios, se separa poco a poco de la clase que representa”⁴. En una línea crítica coincidente sobre el proceso de burocratización y oligarquización de los modernos partidos de masas, pero adoptada no desde las teorías elitistas en que se situaba Robert Michels, sino a partir de planteamientos plenamente democráticos, Max Weber apuntará también, pocos años después de que Michels formulará su tesis sobre la ley de hierro de las oligarquías, los peligros de que las organizaciones políticas acabasen pervirtiendo la esencia misma de las democracias por ellas controladas: “Según su íntima estructura, todos los partidos en el curso de los últimos decenios, con la creciente nacionalización de la técnica de la lucha electoral, se han convertido en organizaciones burocráticas [...] La potencia de los partidos radica sobre todo en su cualidad de organizaciones burocratizadas”. Esto escribe Weber a finales de la misma década en que publica su famoso libro Robert Michels⁵. Insistiendo en la preocupación central de su compatriota, Weber pondrá de relieve que “incluso en las formas más democráticas de organización de los partidos populares, que cuentan consecuentemente con un cuerpo desarrollado de empleados asalariados, ni la masa de los electores ni el conjunto de los simples miembros participan, o solo formalmente, en la determinación del programa y de

3 MICHELS, R., *Les partis politiques*, Flammarion, París, 1919. La obra fue publicada originalmente en alemán (*Zur soziologie des parteiwesens in der modernen demokratie*) en 1911, por Verlag von Dr. Werner Klinkhardt, de Leipzig, cuando Michels era profesor en Turín.

4 MICHELS, R., *Les partis politiques*, cit. p. 394. He analizado las tesis michelsianas, colocándolas en el contexto histórico de los primeros debates sobre la partitocracia, en mi libro *Los partidos políticos*, Tecnos, Madrid, 1990, pp. 47-69.

5 Max Weber se ocupa de la cuestión en diversos artículos aparecidos en el *Frankfurter Zeitung* a lo largo de 1917, que luego el gran sociólogo germano editará en forma de libro. Hemos manejado la versión publicada en Bari en 1919, por la editorial Laterza, *Parlamento e Governo nel nuovo ordinamento della Germania. Critica politica della burocrazia e della vita dei partiti* (la cita del texto, ahora, en pp. 26 y 31).

los candidatos”⁶. Poco tiempo después, el propio Weber subrayará esa misma idea en su monumental *Economía y Sociedad*: “A todas [las formas de organización de los partidos] es común lo siguiente: un núcleo de personas tiene en sus manos la dirección *activa*, o sea la formulación de las consignas y la elección de los candidatos; a estos se unen unos *correligionarios* esencialmente más pasivos, y, por último, el resto de los miembros de la asociación sólo desempeñan un papel de objeto, quedándole únicamente la elección entre los varios candidatos y programas que ante ellos presenta el partido”⁷.

Pese a sus notables diferencias de perspectiva y a las en ocasiones contradictorias conclusiones a las que, a partir de ellas, llegan uno y otro, el interés de comenzar este trabajo recordando las tesis de Robert Michels y Max Weber para abordar lo que a continuación se apuntará reside en que los dos reflexionan sobre un fenómeno que, tras lo que Piero Ignazi ha denominado el *edad dorada* de los partidos (la inmediatamente posterior a la derrota de los totalitarismos en la Segunda Guerra Mundial)⁸, no hará más que incrementarse hasta llegar al punto, extremadamente preocupante, en que hoy nos encontramos. Hablo, claro, de la ajenidad de muchas organizaciones partidistas tradicionales (convertidas por su debilidad en verdaderos partidos de hojalata) respecto no sólo de sus miembros sino, más en general, del conjunto de la sociedad. El propio Ignazi (2021) destaca, con razón, una “paradoja” que no será posible tratar en este trabajo: que la adecuación de los partidos “al modelo de partido de masas se produjo cuando las premisas políticas, sociales y culturales de ese modelo, estaban desapareciendo, dejando espacio al partido *atrapalotado* teorizado Otto Kirchheimer (1966) a mediados de la década de los sesenta del siglo XX”. No puede considerarse, por eso, en absoluto casual, que un sociólogo de la talla intelectual de Seymour Lipset subrayase en su día que “las teorías de Weber y Michels sobre la burocracia y la democracia, junto

6 WEBER, M., *Parlamento e Governo nel nuovo ordinamento della Germania. Critica politica della burocrazia e della vita dei partiti*, cit., pp. 26-27 (cursiva en el original).

7 WEBER, M., *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, vol. I, p. 231. Al igual que las de Michels, he analizado la tesis de Weber respecto de los partidos, situándolas igualmente en el contexto de los primeros debates sobre la partitocracia, en mi libro *Los partidos políticos*, cit., pp. 47-69.

8 Tomo la denominación de “edad dorada” de Piero IGNAZI de su obra *Partido y democracia. El desigual camino a la legitimación de los partidos*, Alianza Editorial, Madrid, 2021, p. 206 y, en general, pp. 181-227. La formulación de O. KIRCHEIMER sobre lo que él mismo denomina *catch-all parties* puede consultarse en su importantísimo trabajo «The transformation of Western European Party Systems», en: LA PALOMBARA, J. y WEINER, M., (edits.), *Political Parties and Political Development*, Princeton University Press, 1966, cit., pp. 177-200.

con las de Marx y Tocqueville sobre el conflicto y el consenso, establecieron la preocupación básica de la sociología política moderna”⁹.

Expresada, en suma, con toda concisión, la cuestión que ahora me interesa guarda directa relación con las ya hoy indiscutibles dificultades que encuentran los partidos como moderna forma de organización de los intereses colectivos para realizar la labor que explica su utilidad, e incluso el hecho de haber sido hasta hace no mucho instituciones imprescindibles en el funcionamiento de los sistemas democráticos: la intermediación entre la sociedad, plural cuanto más compleja, y el tipo de Estados cuya organización y funcionamiento se basa en el principio de la soberanía popular. De hecho, un síntoma claramente expresivo de las dificultades aludidas reside en el hecho de que, visto desde la perspectiva actual, el concepto de Estado de partidos¹⁰, que Kelsen reivindicaba en los años 20 de la pasada centuria como una indudable conquista democrática, sea considerado, tanto por una buena parte de la literatura especializada, como, sobre todo, en el debate político y social, con una connotación peyorativa, pues con ese concepto trata hoy de describirse el modelo deformado de democracia representativa que se caracteriza por el dominio partidista de la mayoría de los recursos del Estado democrático, dominio que resultaría excesivo y por tanto lesivo para el buen funcionamiento del sistema en su conjunto. Ciertamente, cuando hoy hablamos de *Estados de partidos* nos referimos, sobre todo, a aquel tipo avanzado del Estado democrático en el que, excediendo el papel que debiera corresponderles, los partidos han conseguido apoderarse de los principales resortes de poder: es decir, por un parte de los que naturalmente han de controlar para cumplir adecuadamente sus funciones, pero también, por la otra, de aquellos que han terminado por usurpar, de una manera excesiva y abusiva, mediante una constante labor de colonización de las diversas instituciones que, según las previsiones de la Constitución o de las leyes, no deberían jamás estar bajo el dominio directo o indirectos de las organizaciones partidistas¹¹.

En todo caso, y más allá de esos excesos, otras razones han empujado también a los partidos por el barranco del desprestigio social, de forma tal que muchas de las antes respetadas organizaciones partidistas son a estas alturas percibidas en numerosos Estados constitucionales como causa determinante de algunas de las más notables disfunciones del sistema democrático, cuando no como uno de

9 LIPSET, S. M., *El hombre político*, Eudeba Buenos Aires, 1963. Vol., I, pp. 8-10.

10 GARCÍA PELAYO M., *El Estado de partidos*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.

11 BLANCO VALDÉS, R. L., *Las conexiones políticas*, cit., (capítulo 5: «El botín de los colonizadores»), pp. 135-164.

los principales problemas que la sociedad civil aprecia en la realidad de su funcionamiento práctico. Esa percepción crítica, que los sondeos de opinión vienen demostrado en no pocos países con insistencia machacona, resulta no sólo letal para los partidos que contribuyeron decisivamente a la construcción de las democracias de la segunda postguerra —tal y como la realidad política de importantes democracias ha puesto de relieve— sino también peligrosísima para el futuro de la propia democracia en todos los Estados donde ha conseguido asentarse, pues aparece directamente vinculada con dos cuestiones que han demostrado sus devastadores efectos sociales y políticos. Me refiero, en primer lugar, a la financiación ilegal de los partidos y a la corrupción política y administrativa, fenómenos ambos que marchan casi siempre de la mano y respecto de las cuales señalaba ya en 1994! Giovanni Sartori eran “la mejor explicación del enojo actual” con los políticos: “La avaricia y la corrupción han llegado a niveles sin precedentes. En realidad la corrupción política ha llegado a un punto en que corrompe la política [...] Cuando digo que la corrupción corrompe la política, quiero decir que corrompe la *política* democrática”. Tras ello expresa Sartori una convicción —“No tengo dudas de que las democracias debe quitarse la suciedad y que la *limpieza de la política* es la principal prioridad de nuestra época”— y realiza una profecía que acabaría por convertirse en una temible realidad: “En tanto que el ciudadano apático hizo muy fácil la política, el ciudadano vengativo y enérgico puede hacerla muy difícil”¹². Pero a esa percepción crítica con los partidos ha contribuido decisivamente también a mi juicio, en segundo lugar, el diría que casi imposible desafío de la democracia interna partidista, que afecta a un perfil de los Estados constitucionales actuales en el que no me canso de insistir: el problema de la selección de las élites políticas que, directamente relacionado con el de la profesionalización de la propia política como actividad, constituye una de las cuestiones fundamentales para entender el gravísimo conflicto producido por el creciente, y parecería que imparable, desprestigio de los partidos, de los políticos y de la actividad que han terminado por monopolizar. A ello me referiré más adelante. Toca ahora hablar precisamente de las manifestaciones más relevantes del desprestigio partidista al que hasta ahora he venido haciendo referencia.

III. QUIEBRA DE LA SUSPENSIÓN VOLUNTARIA DE LA INCRECULIDAD Y CRISIS PARTIDISTA

La idea de la *suspensión de la incredulidad* fue acuñada a principios del siglo XIX por el poeta y filósofo inglés Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) en un contexto muy distinto al de la política: el lector o el espectador de una obra literaria

12 SARTORI, G., *Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*, Fondo de Cultura Económica, 1996 (el original es de 1994), pp. 161-164, de donde proceden todas las citas (cursivas en el original).

—pensemos en la literatura fantástica, por ejemplo— debería renunciar, sostenía Coleridge, a su sentido crítico para entender que lo que está leyendo o está viendo exige unas claves interpretativas precisas sin las cuales la complicidad con la obra literaria es imposible. Pero esa idea ha resultado también de gran utilidad para entender la indispensable complicidad del ciudadano con los sistemas democráticos para que aquellos puedan verdaderamente funcionar, pues tales sistemas (como los literarios) se sostienen también sobre toda una serie de ficciones: la más fundamental, sin duda, la de la representación. “El consentimiento —ha subrayado el gran historiador norteamericano Edmund S. Morgan— debe ser sostenido por opiniones”, de modo que “los pocos que gobiernan se ocupan de alimentar esas opiniones. No es tarea fácil, pues las opiniones que se necesitan para hacer que las mayorías se sometan a las minorías, a menudo se diferencian de los hechos observables. Así pues, el éxito de un gobierno requiere la aceptación de ficciones, requiere la suspensión voluntaria de la incredulidad, requiere que nosotros creamos que el emperador está vestido, aunque podamos ver que no lo está”¹³. En todo caso, añade Morgan, lo que en mi opinión resulta importantísimo, “el mundo político de las simulaciones se mezcla con el mundo real de extrañas maneras, pues el mundo de las simulaciones puede con frecuencia dar forma al mundo real”. Ahora bien, “para ser viable, para cumplir con su propósito, sea cual fuere ese propósito, una ficción debe tener una cierta semejanza con los hechos. Si se aparta demasiado de los hechos, la suspensión voluntaria de la incredulidad se desmorona”. Aunque formulada en otros términos, esa idea básica de que las creencias sociales resultan esenciales en la marcha de cualquier régimen político había sido ya manifestada a finales de los años setenta del pasado siglo por Crawford Macpherson en una obra que es ya un clásico: “Lo que cree la gente acerca de un sistema político no es algo ajeno a éste, sino que forma *parte* de él”, sostenía el gran politólogo canadiense. Y es que, afirmaba, “esas creencias, cualquiera que sea la manera en que se formen, determinan efectivamente los límites y las posibilidades de evolución del sistema; determinan lo que puede aceptar la gente y lo que va a exigir”¹⁴.

Ha sido en gran medida la quiebra, mayor o menor según los casos, de la suspensión voluntaria de la credulidad en la capacidad de los partidos tradicionales para administrar la democracia con limpieza y eficiencia, suspensión derivada de los diferentes motivos ya apuntados, la que ha generado la realidad que hoy podemos observar a nuestro alrededor en un gran número de Estados democráticos:

13 MORGAN, E. S., *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y los Estados Unidos*, Siglo XXI, Argentina, 2006, pp. 13-14.

14 MACPHERSON, C. B., *La democracia liberal y su época*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, pp. 15-16 (La edición original en inglés es de 1977).

una compleja crisis partidista que se manifiesta por medio de distintas formas de expresión. Ciertamente, con mayor o menor intensidad dependiendo de los momentos históricos y de los países, expresiones de esa crisis de las organizaciones partidistas pueden apreciarse, sin embargo, en gran parte de las democracias consolidadas, con una continuidad más que notable. Tres de ellas, además de presentar, a mi juicio, notable relevancia, resultan de todo punto incontestables.

En primer lugar, la representada por la caída sustancial de la participación electoral, variable que, aunque oscila, sin duda, dependiendo del país, del momento y el tipo elección, es apreciable si se comparan las medias de participación en un mismo Estado, y en comicios de igual naturaleza, entre finales de la década de los sesenta y la actualidad. Similares prevenciones analíticas deben subrayarse en relación con la segunda de las expresiones de la crisis partidista a la que me vengo refiriendo –la caída en el número de afiliados con que cuentan los partidos–, aunque paralelas han de ser aquí también las conclusiones que cabe obtener, según acaba de apuntarse, al estudiar con detalle la evolución de la participación electoral: ciertamente, aunque el número de afiliados es diferente en función de los partidos, los países y los momentos históricos que se tomen como punto de referencia, puede sin problemas afirmarse que a partir de los años setenta/ochenta del siglo pasado se inició una caída en picado en la afiliación a los partidos, que ha afectado, aunque en diferente grado, a la mayoría de las viejas democracias y a todos sus fuerzas políticas relevantes¹⁵, es decir, a los partidos que *cuentan* (o quizá mejor sería decir partidos que *contaban*) en terminología de Sartori, por tener grandes posibilidades de gobierno o de coalición, o gran potencial de oposición¹⁶. La tercera de las expresiones de la crisis partidista que hoy estamos viviendo no pocas veces con asombro y siempre con preocupación tiene también desde mi punto de vista una trascendencia muy importante, amplificadas en la actualidad por un fenómeno posterior en el tiempo a sus manifestaciones iniciales: me refiero a la quiebra de la persistencia electoral de un significativo número de los partidos que vertebraron durante años el funcionamiento de algunas de las más sólidas democracias a ambos lados del Atlántico¹⁷, partidos que sencillamente han desa-

15 Véase al respecto VON BEYME, K. *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, CIS, Madrid, 1986, pp. 209-241 (tablas 15-18) y MAIR, P., «Party Organizations: From Civil Society to the State», en: KATZ, R. S. y MAIR, P. (edits.), *How parties organize. Change and adaptation in Party Organizations in Western Democracies*, Sage Publications, Londres, 1994, p. 5 y tabla 1.1.

16 SARTORI, G., *Partidos y sistemas de partidos. Un marco para el análisis*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, vol. I cit., pp. 154-159.

17 BLANCO VALDÉS, R. L., *Las conexiones políticas. Partidos, Estado, sociedad*, cit., pp. 18 a 23. Y con un estudio más amplio y sistemático, referido a los fenómenos mencionados (participación electoral, volatilidad electoral, lealtades de partido y afiliación a los partidos) el magnífico

parecido del mapa en una determinada elección o han ido perdiendo peso hasta pasar de ser decisivos a convertirse en completamente irrelevantes.

De hecho, si ya a partir de principios de la década de los noventa comenzó a ser apreciable la quiebra de la persistencia referida –que en algún país, como Italia, fue mucho más que eso: una auténtica voladura del sistema de partidos vigente tras el final de la Segunda Guerra Mundial–, los graves efectos sociales de la crisis económica mundial que comienza en 2008 amplificarán sin ningún género de dudas, aunque en medida diferente dependiendo de los lugares, el grado de descontento con los partidos sistémicos en algunos países europeos (Francia, Grecia, Austria, Reino Unido, Italia, Finlandia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Holanda, Hungría, España, Portugal)¹⁸ en los que se asiste hoy a la emergencia, con mayor o menor fuerza, de movimientos sociales y fuerzas populistas antisistema de extrema derecha o extrema izquierda que, sirviéndose en gran medida de las nuevas tecnologías de la información vinculadas a la Red, amenazan con romper no pocos de los consensos políticos básicos establecidos en las democracias de nuestro continente durante el último medio siglo¹⁹. El fenómeno, aunque más tardíamente, ha sido observable también en Estados Unidos –donde la victoria de Donald Trump, un hombre en principio sin partido, noqueó a los propios republicanos en cuyas listas acabó presentándose y ganando la presidencia del país– y en varias repúblicas latinoamericanas, en las que, arrasando a los partidos tradicionales de la nación durante décadas, han accedido al poder otras fuerzas, mayoritariamente populistas, que se han presentado muchas veces ante el cuerpo electoral como movimientos apartidistas o incluso antipartidistas: pensemos en Venezuela, Argentina, Perú, Chile, Colombia, Ecuador, Bolivia, Paraguay, México o Brasil²⁰.

libro de MAIR, P., *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*, Alianza Editorial, Madrid, 2015, pp. 35-58.

18 Aunque restándole importancia relativa al fenómeno, ofrece datos muy interesantes al respecto para el momento de su publicación el trabajo de GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, C., «El ascenso de la derecha populista radical en Europa: alarmas y alarmismos», en Real Instituto Elcano, ARI 40/2012, puede verse en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/demografia+y+poblacion/ari40-2012 (consultado en agosto de 2022).

19 CASTELLS, M., *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*, Alianza Editorial, Madrid, 2012.

20 Desde una posición en el fondo comprensiva con los supuestos logros de los regímenes populistas en América Latina véase el trabajo de DE LA TORRE, C., «El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo», en: *Nuso*, nº 427 (septiembre-octubre de 2013), en <https://nuso.org/articulo/el-populismo-latinoamericano-entre-la-democratizacion-y-el-autoritarismo/> (consultado en agosto de 2022). En una perspectiva claramente

A mi juicio ha sido Peter Mair quien ha obtenido conclusiones más certeras tras analizar los datos sobre la crisis partidista manifestados en la bajada generalizada de la participación electoral, la caída en la afiliación de las fuerzas políticas conformadoras de los sistemas de partidos vigentes a partir de la segunda mitad del siglo XX y la propia crisis de la continuidad de esos sistemas de partidos finalmente sustituidos por otros dominados por fuerzas de nueva creación que se presentan a sí mismas como movimientos no sujetos a la fórmula de los partidos políticos dominantes de la vida democrática en la última centuria. La conclusión más inmediata, según Mair, “es que los ciudadanos se están retirando y distanciando de la política convencional”, de modo que “incluso cuando votan –y esto ocurre con menos frecuencia que antes o en menores proporciones– sus preferencias aparecen cada vez más próximas al momento de votación y están guiadas por consideraciones partidistas con menos frecuencia que antes”. Ello explicaría probablemente fenómenos que cuando se escriben estas páginas son más claramente visibles que cuando (2013) Mair publicó las reflexiones a las que ahora me refiero. Entre ellos, no sólo el aumento de la volatilidad electoral, sino también lo que podría denominarse la inconsistencia de los electorados, que se pone de relieve en la rapidez con que líderes (o partidos) que han ganado las elecciones con amplias mayorías pierden en períodos de tiempo muy reducidos (a veces de pocos meses o incluso de semanas) el apoyo de los electores que los llevaron al poder. Un fenómeno, cada vez más frecuente, que, por lo demás, guarda directa relación con el rampante populismo de muchas de las nuevas opciones políticas, sostenidos en electorados sentimentales²¹ y no racionales, y también con una de las características que mejor definen a los movimientos populistas: su empeño en ofrecer soluciones simples a los problemas complejos, lo que, a su vez, genera frustración y alejamiento de la política cuando los electores comprueban que esa fórmula suele conducir a la incapacidad para hacer frente a desafíos que los líderes de los nuevos movimientos habían minusvalorado en su dificultad. A todos ellos podría aplicárseles, por eso, la célebre reflexión del periodista y publicista norteamericano Henry Mencken según la cual “para todo problema complejo existe siempre una respuesta clara, simple y ...equivocada”.

Pero volvamos a las reflexiones del politólogo irlandés, quien, tras lo ya apuntado, adelanta la idea que acabo de exponer: que lo que cabe observar en la realidad es “una forma de comportamiento electoral que cada vez es más contingente y

crítica con el fenómeno, el magnífico libro de Fernando VALLESPÍN y Máriam M. BASCUÑÁN, *Populismos*, Alianza Editorial, Madrid, 2017, sobre todo pp. 189 y ss.

21 Utilizó aquí el término *sentimental* en el sentido que le da Dalrymple en una de sus obras más brillantes. Véase DALRYMPLE, T., *Sentimentalismo tóxico. Como el culto a la emoción público está corroyendo nuestra sociedad*, Alianza Editorial, Madrid, 2016, pp. 43-83.

un tipo de votantes cuyas opciones aparecen cada vez más accidentales o incluso fortuitas”. Así, pues, cierra Mair sus consideraciones, la conclusión está clara: “En toda Europa occidental, y muy probablemente en todas las democracias avanzadas, los ciudadanos se están apartando de la política nacional”. Y ello porque mientras “anteriormente, y es probable que al menos hasta los años sesenta, se consideraba que la política convencional pertenecía al ciudadano, que era algo en lo que el ciudadano podía participar fácilmente, como de hecho ocurría con frecuencia”, en la actualidad “la política convencional se ha convertido en una parte del mundo exterior que se observa desde fuera. Hay un mundo de partidos, o un mundo de líderes políticos que está separado del mundo de la ciudadanía”²².

Mair alude así a un aspecto del problema de la crisis partidista que considero fundamental: el de las formas de selección de las élites y el del ejercicio de la política altamente profesionalizada. Soy plenamente consciente de que los cambios producidos en la relación entre políticos y ciudadanos han estado marcados también de forma decisiva “por la irrupción de los medios en la arena política”, irrupción “que ha configurado un marco político nuevo, en el que sus diversos elementos constitutivos entran en contacto gracias a los mecanismos puestos en marcha por aquellos”²³. Pero tal constatación, que me obliga a recordar al lector que la tenga en cuenta al juzgar la realidad actual de la crisis partidista, alude a un factor que aquí no es posible analizar y que no me debe apartar de mi objetivo: explicar como aquella crisis se ha incrementado por los dos elementos antes aludidos y que seguidamente paso a analizar.

IV. LA SELECCIÓN DE LAS ÉLITES PARTIDISTAS Y LA POLÍTICA COMO UNA NASA

La realidad —obvia para cualquier atento observador externo y perfectamente conocida de todos los militantes de partido— es que estos son en la actualidad y lo han sido en el pasado instituciones escasamente democráticas. Es verdad que, la lectura de las leyes que regulan la vida interna de los partidos en muchos sistemas pluralistas, y, en relación directa con ellas, las previsiones establecidas en los estatutos que disciplinan oficialmente su funcionamiento, pueden conducir al error de pensar que las unas y los otros describen el funcionamiento de la vida interna

22 MAIR, P., *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*, cit., pp. 58-60, de donde proceden todas las referencias del texto.

23 ORTEGA, F., *La política mediatizada*, Alianza Editorial, Madrid, 2011, p. 11. Y también la antes mencionada obra de CASTELLS, M., *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*, cit.

partidista, pero nada más lejos de la realidad²⁴. De hecho, la capacidad de las normas destinadas a ese fin para lograr que los partidos funcionen de una forma democrática ha sido siempre muy limitada, incluso en aquellos casos en que la voluntad del legislador iba directamente dirigida a la consecución de ese objetivo.

En suma, la regulación legal de los partidos es una cosa y su funcionamiento es, casi sin excepciones, otra muy distinta. Un contraste que presenta sin duda una notable importancia tanto para el funcionamiento de los partidos como para la de la dinámica de los sistemas democráticos, según lo demuestra el hecho, ya referido, de que la aparición de la estasiología (la esfera de la sociología centrada en el estudio de los partidos) guardase directa relación con el análisis de la vida interna de los partidos, con sus irrefrenables tendencias a la burocratización y a la oligarquización y con la perversión que todo ello suponía para la práctica de la democracia de masas. La varias veces citada obra de Robert Michels²⁵ lo ilustra con suma claridad. De hecho, y por más sorprendente que hoy pueda resultar, dado que el libro del sociólogo alemán ha cumplido ya la centuria, muchas de sus descripciones sobre el funcionamiento de los partidos, que han experimentado desde entonces cambios muy notables, nos resultan tan conocidas como cuando fueron escritas, de modo no hay que hacer grandes esfuerzos para trasladarlas a la realidad que vivimos a diario en las modernas democracias de partidos. Por lo demás, la realidad de que los partidos no funcionan de una forma democrática resulta para ellos en cierto sentido funcional, pues el constante debate interno, la lucha de intereses, las *grescas* políticas e ideológicas y, en suma, el combate sin cuartel por el control de la organización que caracterizan a los partidos cuando en aquellos ha penetrado una abierta disparidad de posiciones, casi siempre derivada de la debilidad del liderazgo, restan al partido que vive en esa situación de capacidad competitiva y hacen más difícil que, por decirlo con Sartori, pueda la organización política afectada por el mal fraccional colocar a sus candidatos en cargos públicos²⁶, fin primordial que justifica la existencia del partido. Dicho en una palabra: por drástico que pueda resultar, lo cierto es que los partidos compiten peor cuando tienen que asumir la pesada carga de los conflictos entre

24 Véase, entre otros muchos PINELLI, C., *Disciplina e controlli sulla "democrazia interna" del partito*, CEDAM, Padua, 1984 y KATZ, R. S. & MAIR, P., *How parties organize. Change and Adaptation in Party Organization in Western Democracies*, cit.

25 MICHELS, R., *Les partis politiques*, cit. pp. 294-295 y 301-302. Existe una edición española publicado en Argentina, en dos volúmenes, por la editorial Amorrortu, en 1991, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*.

26 SARTORI, G., *Partidos y sistemas de partidos. Un marco para el análisis*, vol. I, cit., p. 91.

facciones que con frecuencia la democracia interna y la debilidad del liderazgo llevan de la mano.

Los problemas derivados de la selección de los dirigentes partidistas no se circunscriben sólo, en todo caso, a los que acaban de apuntarse, todos ellos relacionados de un modo u otro con las dificultades para hacer efectivo un funcionamiento interno razonablemente democrático de aquellos partidos tradicionales que, pese al vendaval antipartidista, han conseguido resistir el empuje de los movimientos y organizaciones que los han sustituido en algunos países a ambos lados del Atlántico. Más allá de tal patología (que las principales instituciones que vertebran la democracia no funcionen, ellas mismas, de forma democrática), los partidos se enfrentan a un vicio que presenta de forma creciente la capacidad devastadora de una grave enfermedad: hablo de la profesionalización política. Descrita de una forma concisa, la situación es, a mi juicio, la siguiente: los grupos dirigentes que controlan los partidos, cuyo objetivo primordial consiste en mantener ese control durante el mayor período de tiempo posible, han establecido un mecanismo de selección negativa (o inversa) de los dirigentes de la organización por virtud del cual aquellos, lejos de cooptar –o, en su caso apoyar o patrocinar del modo que ello fuera– la elección o selección de los mejor preparados en términos de capacidad política y profesional, optan justa y ¡sorprendentemente! por todo lo contrario, es decir, por favorecer el nombramiento o la elección (tanto para los puestos internos de partido como para los de representación o para los altos cargos locales, regionales o estatales) de quienes presentan condiciones, en ocasiones manifiestamente mejorables, y, en otras, sencillamente inexistentes, de experiencia o formación. Tal forma de hacer las cosas resulta tan poco razonable, tan ilógica desde el punto de vista de la funcionalidad que se espera de los elegidos o nombrados y, en una palabra, tan contraria a lo que el más elemental sentido común parece aconsejar –seleccionar a los mejores para desempeñar puestos de responsabilidad que exigen en general notable formación o experiencia– que parece necesario dar una explicación razonable del por qué el mecanismo de selección de las élites partidistas resulta tan opuesto a lo que desde cualquier punto de vista parecería aconsejable.

A mi juicio un análisis reflexivo de esa tan extraña como antiintuitiva situación hace posible descubrir el motivo referido, que está en mi opinión directamente conectado con la extremada profesionalización de la política que ha tenido lugar en los modernos sistemas democráticos. Acontece, así, que desde el momento mismo en que un militante de partido se hace con un cargo público de elección popular o nombramiento –cargos que controlan, al mismo tiempo, en pirámide ascendente, los puestos dirigentes de las organizaciones políticas en el modelo de partido profesional-electoral hoy vigente y descrito con precisión Angelo Pane-

bianco²⁷—, tales militantes pasan a vivir dominados por una preocupación política fundamental, común, por lo demás, a la de quienes ejercen cualquier otra profesión: dicho sin rodeos, por *su futuro*, es decir, por lo que sin exageración de ningún tipo, puede denominarse *su carrera*. Tal preocupación no sólo afecta, además, y como cabría en principio suponer, a quienes, por vivir exclusivamente de la política y carecer de una profesión o trabajo alternativos, se ven constreñidos a tratar de mantenerse en la vida política el mayor tiempo posible para evitar quedarse en la calle *sin oficio o profesión*. Lejos de ello, también quienes han desarrollado una vida profesional activa, y en ocasiones incluso brillante, antes de entrar en la política y podrían volver a aquella, con menor o mayor esfuerzo, en caso de dejar sus actividades públicas (o de que tales actividades públicas *los dejen*) suelen quedarse *enganchados*, en porcentajes que permiten realizar una generalización, a todos los privilegios y ventajas del ejercicio público, es decir, a ese conjunto de regalías y prerrogativas de naturaleza diferente que, no sin cierta frivolidad, se incluyen con frecuencia bajo la frívola fórmula de *la erótica del poder*.

De este modo, si, como resulta evidente a partir de un análisis detenido del problema, la principal finalidad que los políticos profesionales persiguen desde la perspectiva de sus estrictos intereses individuales es continuar en sus cargos, sean estos del tipo que sean, el mayor tiempo posible, existen sobradísimos motivos para suponer que esos mismos políticos se comportarán con arreglo a un principio que tienda a asegurarles la consecución de su primordial objetivo personal. ¿Cuál? El de promocionar a aquellos que por su bajo perfil político y personal están en peor situación para convertirse en sus competidores potenciales y no a los que por tener perfiles más destacados podrían acabar por desplazarlos de sus puestos. Tal tendencia presentará tanta más fuerza cuanto menor sean la intención de dejar la política y sus privilegios por parte de quienes se dedican a ella, algo que, en buena lógica, dependerá también, aunque no sólo, según antes se apuntaba, de las posibilidades reales que tenga el político de que se trate en cada caso de *vivir* de algo diferente a su dedicación pública. Como resulta fácil de entender, todo ello genera, a la postre, un tan verdadero como perverso círculo vicioso, en el más estricto sentido de ese concepto. Y es que cuantos más sean los dirigentes que vivan de la política sin alternativa profesional posible fuera de ella (o, aún teniéndola, obsesionados con seguir a cualquier precio) más tenderán esos mismo dirigentes a practicar la referida selección inversa, lo que generará a su vez políticos dependientes por completo de sus cargos que tenderán a reproducir al infinito tan nociva dinámica interna partidista, que lo es más, ni que decir tiene, en la medida en que son los políticos de partido quienes están presentes en las ins-

27 PANEBIANCO, A., *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 416-443.

tuciones representativas y quienes colonizan, mucho más allá de lo razonable, instituciones donde los partidos no deberían estar jamás. Es de este modo como el bajo perfil de los seleccionados por espurios intereses personales por parte de quienes se encargan de tal labor en los partidos acaba por afectar a los intereses generales que, con mucha más frecuencia de la que sería razonable, se ven servidos por personas que están muy lejos de cumplir las condiciones mínimas exigibles que deberían reunirse para desempeñar adecuadamente la responsabilidad atribuida.

Por eso, aunque es verdad que en esta esfera el comportamiento de los políticos tiende a converger con otros profesionales que nada tienen que ver con el ejercicio de la cosa pública, lo es también que el de los políticos resulta en general, por su trascendencia para los intereses generales, más disfuncional para la marcha del sistema democrático. La conclusión, desde luego, no es alentadora: si por una parte tenemos una clase política de *calidad* —si se me permite expresarlo de ese modo— manifiestamente mejorable, por la otra, las posibilidades reales de corregir tal deficiencia son escasas, pues la mejora de la situación no depende de la intención de las personas, sino de una estructura de designación de las élites que funciona con arreglo a unas leyes que tienden a seleccionar a los políticos con criterios opuestos, o en todo caso independientes, al de sus capacidades.

Por lo demás, la inversión del proceso de selección de las élites políticas del Estado democrático por parte de las organizaciones políticas tiende a producir no sólo efectos muy disfuncionales sobre la dinámica del sistema democrático, según acaba de apuntarse, sino también efectos que pueden llegar a ser devastadores sobre los comportamientos de los líderes políticos, comportamientos que se traducen, a su vez, en una degradación de la política representativa con la que llevamos mucho tiempo conviviendo y que guarda directa relación, como no podía ser de otra manera, con ese proceso de quiebra de la suspensión voluntaria de la incredulidad previamente mencionado.

Esos efectos fueron objeto de algún acercamiento con pretensiones de extraer conclusiones generales a partir del análisis científico que suministra el utillaje conceptual de la psicología en un libro —*La neurosis del poder*— publicado a comienzos de la década de los noventa por Piero Rocchini, psicólogo durante varios años de la asamblea legislativa italiana, quien centra esa obra en su propia experiencia profesional durante años con los parlamentarios de la República. Tras defender la utilidad de la psicología como instrumento que permitiría una comprensión más profunda de las dinámicas internas de los partidos y de los personajes que actúan dentro de ellos, Rocchini pone de relieve con toda claridad la capacidad *destructiva* —si así puede decirse— de la vida partidista: “Un dato cierto es que el

grupo político ha devorado al individuo y, con sus perversiones morales, quizá haya sido uno de los elementos que ha llevado a desquiciarse la estructura social de nuestra sociedad”²⁸.

Pero, como ya en otro lugar puse no hace mucho de relieve, ha sido Hans Magnus Enzensberger quien se ha ocupado de tan trascendental problema con una capacidad de penetración a mi juicio incomparable. Recojo seguidamente el resumen sobre su pensamiento en la materia que en su momento ya apunté²⁹, pensamiento manifestado por el filósofo y ensayista alemán en un artículo de prensa aparecido hace varios años³⁰ y en un trabajo posterior mucho más extenso, textos ambos que, pese a algunas exageraciones críticas, constituyen en mi opinión una de las más vivas, valientes y desmitificadoras reflexiones sobre el oficio del político moderno, sobre sus vicios y sobre los peligros de la burocratización de la actividad política. El punto de partida de Enzensberger (2003) consistirá en presuponer, ante la visión social descalificadora de la actividad que desarrollan los políticos y de los propios políticos como clase protagonista de la dinámica del Estado de partidos, que resulta “improbable, aunque sólo sea por razones estadísticas, que un sector de población X, en este caso la clase política, esté aquejado, en cierto sentido por naturaleza, de defectos de los que está libre el resto de la población”. Tampoco los vicios que luego se describirán pueden explicarse exclusivamente, según él, como consecuencia de los medios de reclutamiento propios del oficio: “Aunque reclutamiento y carrera pueden hacer comprensibles ciertas desviaciones de la norma estadística, esos mecanismos de selección no lo explican, sin embargo, todo”. No siendo, pues, la naturaleza, digamos *de partida*, de los miembros de la *clase*, ni sólo su forma de reclutamiento las que explican su comportamiento, aquél se justificará por los propios caracteres del *oficio* que los políticos deberán desempeñar. Un oficio, *la política* –y aquí se explaya Enzensberger en una exhaustiva y descarnada descripción de los elementos que la definen, con la que resulta muy difícil estar en desacuerdo a poco que se conozca el mundo que él está procediendo a describir– que “supone el adiós a la vida, el beso de la muerte”: el político profesional y altamente burocratizado, “se entera sólo de aquello que el filtro

28 Véase ROCCHINI, P., *La neurosis del poder*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 49-51.

29 BLANCO VALDES, R. L., «Profesionalización de los partidos, selección inversa de las elites y desafección política», en: GARRIDO LÓPEZ, C. y SÁENZ ROYO, E. (Coords.), *La reforma del Estado de partidos*, Marcial Pons, Madrid, 2016.

30 Se trata del texto “Compasión con los políticos”, aparecido en el diario *El País*, de 30 de noviembre de 1992. ENZENSBERGER volvió con posterioridad sobre el tema, en un texto muchos más extenso, titulado «Compadezcamos a los políticos», publicado en *Cuadernos del Sureste*, nº 11 (2003). El resumen de su pensamiento y las citas del texto proceden de ambos trabajos.

que está para protegerlo deja pasar”, sufre una “pérdida del lenguaje” pues sólo en círculos muy íntimos puede decir realmente lo que piensa (y ello en un oficio consistente, en gran medida, en hablar en público de modo casi permanente) y pierde, igualmente, de un modo que resulta tan nocivo como incomparable al de otras profesiones, la soberanía sobre su propio tiempo.

En conjunto, y ésta sería una de las conclusiones a las que llega Enzensberger tras su análisis, todas estas circunstancias se traducen en el “total aislamiento social” de los políticos, en un autismo social que es mayor cuanto más se progresa en la jerarquía del oficio: “Ese aislamiento –subraya el filósofo alemán– es el que fundamenta su típico enajenamiento de la realidad y el que explica porque él es normalmente, y con total independencia de sus capacidades intelectuales, el último que se percata de qué es lo que está pasando en la sociedad”. Tal diagnóstico demoledor se completa con un último elemento, extraordinariamente relevante, dado que el oficio político se caracteriza por la extrema dificultad que los profesionales del mismo tienen para abandonarlo. En efecto, y según ya se ha dejado apuntado, subrayando la extraordinaria importancia del fenómeno, “la carrera política –escribe Enzensberger– funciona como una nasa³¹. Tan fácil como resulta entrar en ella, tan escasa es la posibilidad de escaparse de ella. Al que se haya dejado atrapar tiene que parecerle como si sólo tuviera una salida: el camino hacia arriba”.

Las conclusiones de nuestro autor serán analíticamente confirmadas, entre otros autores, por el sociólogo Klaus von Beyme cuando, en su investigación sobre la profesionalización de los políticos³², confirma plenamente algunos de los rasgos del *tipo ideal* que su compatriota nos aporta: así, por ejemplo, al poner de relieve que el proceso de profesionalización “conduce a un necesario extrañamiento del político con respecto a su profesión de origen”, al afirmar que “en la percepción ciudadana, el *político profesional* sigue sin ser juzgado positivamente”, o, finalmente, al demostrar cómo la profesionalización corre paralela con el descenso de la experiencia profesional de los miembros profesionalizados de la elite política, en la que “es este tipo de político el que cada vez aparece más frecuentemente”.

31 “Arte de pesca que consiste en un cilindro de juncos entretejidos, con una especie de embudo dirigido hacia adentro en una de sus bases y cerrado con una tapadera en la otra para poder vaciarlo”. *Diccionario* de la Real Academia Española. La utilidad de este arte de pesca, que conecta directamente con el uso de la palabra nasa en el texto de Enzensberger, se deriva del hecho de que la facilidad con la que el animal pescado entre en ella es equivalente a su incapacidad para salir una vez dentro.

32 VON BEYME, K., *La clase política en el Estado de partidos*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, pp. 122-126.

Pues bien, este tipo ideal del político profesional, cuya existencia Enzensberger nos describe, y von Beyme científicamente nos confirma, y el eventual mantenimiento y profundización de sus pautas de comportamiento, han dado lugar a la final consolidación, en segmentos muy significativos de la opinión pública, de una ideología, ya referida, contraria a la política como actividad y a los políticos como profesionales de la misma, capaz de sobreponerse a cualesquiera otros *cleavages* ideológicos (izquierda/derecha, conservadores/progresistas, laicos/confesionales nacionalistas/no nacionalistas) y capaz, a la postre, de primar el *cleavage* que Inglehart caracterizó en su día como *establishment/antiestablishment*³³: así, frente a *los políticos profesionales* –todos instalados, iguales en sus aspiraciones y modos de actuar, socialmente aislados (autistas) y obsesionados primordialmente por conservar unos puestos que son percibidos por amplias capas de los ciudadanos como privilegios y sinecuras– se situaría *la sociedad (la gente)* abandonada a su suerte por una clase política cuyos miembros estarían mucho más pendientes de ir *a lo suyo* que de defender los intereses generales. No es necesario decir lo peligrosa que puede acabar resultando tal visión para la democracia, pues, como con acierto ha subrayado Panebianco, tal división no sólo “contribuye a acelerar la transformación de los partidos, debilitando aún más las subculturas políticas tradicionales”, sino también a generar, con la implantación del partido profesional-electoral, un vacío de identidades colectivas que “agrava la crisis de legitimidad de los sistemas políticos y exaspera, por tanto, la división *establishment/antiestablishment*”, dando lugar, en consecuencia, a un peligrosísimo y, a partir de un cierto punto, casi incontrolable círculo vicioso³⁴.

V. EPÍLOGO: ¿UNA DEMOCRACIA SIN PARTIDOS?

No quisiera terminar esta reflexión sin dejar constancia, en todo caso, del que a mi juicio es el desafío fundamental al que hoy nos enfrentamos: el de recuperar la capacidad del sistema para poner de nuevo en funcionamiento de una manera adecuada el auténtico lubricante que lo engrasa y evita que se atasque y se agarrote. Hablo, claro, de la necesidad de recuperar la *suspensión voluntaria de la incredulidad*, que permitió que los sistemas de partidos de postguerra funcionasen durante varias décadas. El desafío resulta, sin duda, muy complejo, pero la consecución del objetivo al que el mismo se refiere es esencial si queremos evitar que el populismo de los nuevos movimientos apartidistas o antipartidistas acabe por sustituir

33 Véase INGLEHART, R., «Political action. The impact of Values. Cognitive level and social background», en: BARNES, S. H., y KAASE, M. (Edits.), *Political Action. Mass participation in Five Western Democracies*, Londres, Sage Publications, 1979.

34 Véase PANEBIANCO, A., *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*, cit., pp. 505 y ss.

a los partidos en la representación social. No tengo dudas de que la superación del momento de crisis del principio representativo que viven muchos sistemas democráticos exige tener muy en cuenta que cualquier estrategia para recuperar el espacio perdido por las fuerzas que defienden, pese a sus muchos errores, la democracia representativa, pasa necesariamente por partir de los nuevos datos que configuran una realidad que es muy distinta, para lo bueno y para lo malo, de la que caracterizó a la *edad de oro* de los partidos.

Y es que los electorados han cambiado de forma radical por el aumento general del nivel educativo de la sociedad, por su desapego respecto de las tradicionales identidades de clase, por la penetración en ellos de forma masiva de los nuevos instrumentos de comunicación nacidos y desarrollados por medio de las redes sociales, por la creciente confianza en la posibilidad de dar soluciones fáciles a problemas complejos y por el parece que imparable dominio del “sentimentalismo tóxico” sobre la racionalidad. Ante todos estos cambios, que hubieran exigido que los partidos mejorasen sus canales de representación y la calidad de los representantes, estableciendo diferencias entre sus ofertas para que los electores pudieran elegir y haciendo esfuerzos por responder de las promesas realizadas con acciones de gobierno o de oposición coherentes con las mismas, lo que ha acabado por ocurrir es, sino todo lo contrario, algo notablemente diferente a lo que los electores tenían derecho a esperar. Como ha señalado Sartori la distancia entre los representados y sus representantes “puede percibirse de distintas formas: como alejamiento, como impermeabilidad, como sordera, como indiferencia, etc. Todas estas *quejas por el distanciamiento*, por llamarlas de algún modo, conducen a la siguiente recomendación: los políticos han de *acercarse a la gente*”³⁵.

No creo que el futuro que nos espera sea el de una democracia sin partidos, entendiendo por tal aquella en que las fuerzas partidistas sean sustituidas por cualquier otro tipo de movimientos sociales. No lo creí, y dejé constancia de ello cuando³⁶, por ejemplo, Claus Offe puso de relieve su convicción de que los nuevos movimientos sociales (feminismo, pacifismo, ecologismo) podían acabar por sustituir a los partidos, aunque es verdad que su presencia les ha obligado finalmente a incluir sus reivindicaciones, en algunos casos con una importancia sobresaliente en sus programas y proyectos gubernamentales. Tampoco creo que el populismo

35 SARTORI, G., «En defensa de la representación política», en: *Claves de Razón Práctica*, n° 91 (1999), pp. 2-6. (la cita en p. 5. Las cursivas en el original).

36 BLANCO VALDES, R. L., *Las conexiones políticas*, cit., pp. 35-37. La obra de Claus Offe a la que me refiero en el texto en OFFE, C., «Democracia de competencia entre partidos y el Estado de Bienestar keynesiano. Factores de estabilidad y desorganización», en: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Editorial SISTEMA, Madrid, 1988.

que hoy se extiende como una mancha de aceite por tantos sitios haya venido para quedarse y de hecho existen ya ejemplos de su reflujó después de momentos de gran empuje social. Pero sí estoy convencido de que la situación actual vigente en un buen número de países donde ha penetrado el veneno populista no mejorará simplemente esperando a que por la propia naturaleza de las cosas las aguas vuelvan a su cauce. Los partidos (los que son aun, o fueron, grandes partidos) no son los únicos que tienen un trabajo que hacer, pero, por decirlo de nuevo con las palabras de Sartori, su papel es fundamental: “Lo principal es que ni la representación ni la democracia representativa en su conjunto pueden operar debidamente frente a una cultura que *devalúa los valores* y cuyo grito de batalla ha sido en los últimos 40 años, el antielitismo, el rebajamiento de la élite. No nos equivoquemos: devaluando la meritocracia no conseguimos sino demeritocracia; devaluando la selección no conseguimos sino la selección de lo malo y devaluando la igualdad en función de los méritos no conseguimos sino la igualdad en el demérito. Que es exactamente lo que tenemos ahora”³⁷. Se puede decir más alto, sin duda, pero no más claro.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- BLANCO VALDÉS, R. L., *Los partidos políticos*, Tecnos, Madrid, 1990.
- *Las conexiones políticas. Partidos, Estado, sociedad*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.
- «Profesionalización de los partidos, selección inversa de las elites y desafección política», en: GARRIDO LÓPEZ, C. y SÁENZ ROYO, E. (Coords.), *La reforma del Estado de partidos*, Marcial Pons, Madrid, 2016.
- CASTELLS, M., *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*, Alianza Editorial, Madrid, 2012.
- DALRYMPLE, T., *Sentimentalismo tóxico. Como el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad*, Alianza Editorial, Madrid, 2016.
- DE LA TORRE, C., «El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo», en: *Nuso*, n° 427 (septiembre-octubre de 2013).
- ENZENSBERGER, H. M., «Compasión con los políticos», *El País*, de 30 de noviembre de 1992.

37 SARTORI, G., «En defensa de la representación política», cit. pp. 5-6 (cursivas en el original).

- «Compadezcamos a los políticos», en: *Cuadernos del Sureste*, n° 11 (2003).
- GARCÍA PELAYO, M., *El Estado de partidos*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, C., «El ascenso de la derecha populista radical en Europa: alarmas y alarmismos», en Real Instituto Elcano, ARI 40/2012, puede verse en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/demografia+y+poblacion/ari40-2012.
- IGNAZI, P., *Partido y democracia. El desigual camino a la legitimación de los partidos*, Alianza Editorial, Madrid, 2021.
- INGLEHART, R., «Political action. The impact of Values. Cognitive level and social background», en: BARNES, S.H., y KAASE, M. (Edits.), *Political Action. Mass participation in Five Western Democracies*, Londres, Sage Publications, 1979.
- KATZ, R. S. y MAIR, P., *How parties organize. Change and Adaptation in Party Organization in Western Democracies*, Sage Publications, Londres, 1994.
- KELSEN, H., *Esencia y valor de la democracia*, Editorial Labor, Barcelona, 1934.
- KIRCHEIMER, O., «The transformation of Western European Party Systems», en: LA PALOMBARA, J. y WEINER, M., (Edits.), *Political Parties and Political Development*, Princeton University Press, 1966.
- LIPSET, S. M., *El hombre político*, Eudeba Buenos Aires, 1963. Vol., I.
- MACPHERSON, C. B., *La democracia liberal y su época*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.
- MAIR, P., «Party Organizations: From Civil Society to the State», en: KATZ, R.S. y MAIR, P. (Edits.), *How parties organize. Change and adaptation in Party Organizations in Western Democracies*, Sage Publications, Londres, 1994.
- *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*, Alianza Editorial, Madrid, 2015.
- MICHELS, R., *Les partis politiques*, Flammarion, París, 1919.

- *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu, Argentina, 1991, 2 vols.
- MORGAN, E. S., *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y los Estados Unidos, Siglo XXI*, Argentina, 2006.
- OFFE, C., «Democracia de competencia entre partidos y el Estado de Bienestar keynesiano. Factores de estabilidad y desorganización», en: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Editorial SISTEMA, Madrid, 1988.
- ORTEGA, F., *La política mediatizada*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.
- PANEBIANCO, A., *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- PINELLI, C., *Disciplina e controlli sulla "democrazia interna" del partito*, CEDAM Padua, 1984.
- ROCCHINI, P., *La neurosis del poder*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- SARTORI, G., *Partidos y sistemas de partidos. Un marco para el análisis*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- *Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- «En defensa de la representación política», en: *Claves de Razón Práctica*, n° 91 (1999).
- VALLESPÍN, F. y BASCUÑÁN, M., *Populismos*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.
- VON BEYME, K., *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, CIS, Madrid, 1986.
- *La clase política en el Estado de partidos*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- WEBER, M., *Parlamento e Governo nel nuovo ordinamento della Germania. Critica politica della burocrazia e della vita dei partiti*, Laterza, Bari, 1919.
- *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

